



F. Radol, edite.

Maria Magdalena.

Litho. de Breton.



## MARIA MAGDALENA.

Remittantur ei peccata multa,  
quoniam dilexit multum.

(Luc. VII. 47.)

Dulciores sunt lacrimae oran-  
tium quam gaudia theatrorum.

(August. in Psalm. 137. X.)

MARIA Magdalena es célebre en el Evangelio por sus sentimientos de ardiente caridad hácia el Salvador de los hombres, y en la tradicion eclesiástica por sus lágrimas y por su penitencia. Puede añadirse que es asimismo célebre en la critica hagiográfica, por la controversia que se ha suscitado acerca su identidad; porque mientras que ciertos autores no la consideran sino como un solo personage, muchos escritores hacen de ella no menos que tres. Apoyan los primeros su sentir en los nombres de María y Magdalena, cuya indicacion alternativa parece suponer muchas personas, en especial, si se atiende que estas palabras corresponden

á tiempos, á lugares y á actos diferentes. Los primeros, al contrario, creen que, distinguiendo los lugares y los tiempos, no se percibe mas que una sola y misma persona, animada del mismo celo, obedeciendo aqui á una viva emocio de arrepentimiento, allá á un impulso de caridad: y de otra parte invocan á su favor una série mas constante de testimonios mejor autorizados. Parece, pues, que María Magdalena no es diferente de María hermana de Lázaro, y de la muger pecadora que vino á derramar sus perfumes y llantos á los piés de Jesus en la casa de Simon el fariseo. Tal es la respetable opinion del Sr. Darboy.

El autor de los *Estudios sobre las mugeres cristianas*, M. A. A. proponia asi el estado de la cuestion. No ignoramos cuán divididas se encuentran las opiniones con respeto á la Magdalena. Para los unos es una jóven virgen que en tiempos en que Jesus empezó á predicar la nueva ley, estaba poseida de siete demonios; pero esta posesion no debe ser considerada como el efecto ó la señal del pecado, sino como una situacion muy comun en aquella época. Habiendo llegado á sus oídos la fama de los milagro de Jesucristo, vino á él y fué curada. Esta opinion adoptan San Ambrosio, San Gerónimo, San Agustin, y despues de ellos casi todos los griegos y muchos críticos modernos, tales como Casaubon, Ectius, Boulanger, Baillet y otros. Otros al contrario consideran la Magdalena como una pecadora, y creen que por los siete demonios, debe entenderse siete vicios á que estaba entregada antes de conocer á Jesucristo. Estos la confunden tan presto con María, hermana de Marta y de Lázaro, tan presto con la pecadora. A su frente se hallaban Gregorio el Grande, Clemente de Alejandria, Ammonio, y casi todos los latinos hasta el siglo XVI. Autores modernos muy estimables han escrito con valentia en favor de esta opinion, tales como Baronio, Jansenio, Legrand, Maldonado, el P. Alejandro, el P. Lamy, el P. Mauduit, etc.

Léese en Godescard, á propósito de Magdalena y de la muger pecadora, la siguiente observacion: "San Ireneo, Origenes, San Crisóstomo y otros no distinguen en parte alguna Magdalena de la muger penitente. Y San Lúcas, despues de haber referido la conversion de la pecadora, que se obró en Naím, añade en el epítulo siguiente, que cierta muger, que habia sido librada por el Salvador de sus enfermedades, ó de los siete espíritus impuros, le siguió. Hablando el Evangelista de las mugeres que iban en seguimiento de Jesus, nombra á María Magdalena, á quien él habia librado de los siete demonios. Estas autoridades parecen ser un motivo muy razonable para concluir, que la Magdalena y la muger pecadora son una misma persona. . . No obstante todo esto, puede decirse que esta cuestion es del número de aquellas que no se verán tan

presto terminadas. La razon es, porque el testo de la Escritura no se presenta bastante claro, y que la autoridad de los antiguos tampoco ofrece una prueba demostrativa. El Breviario latino supone que la muger penitente, María Magdalena y María, hermana de Lázaro, son una sola y misma persona.

Si una parte de la Iglesia latina, dice Tillemont, parece autorizar todavía á los que creen que la muger pecadora, María hermana de Lázaro y María Magdalena no son mas que una sola persona, la Iglesia griega favorece á los que creen que son tres. Y como no pueden oponerse estas dos iglesias la una á la otra, para acusar á una de las dos de estar en error, ha de reconocerse que la Iglesia, como á cuerpo docente, no toma parte en estas dificultades que ni por unó ni otro lado afectan ni hieren la religion, sino que deja á sus hijos en libertad de creer lo que las razones y las autoridades les hagan juzgar mas probable. Nosotros, empero, seguimos como mas probable la opinion de la Iglesia latina, que forma de las tres denominaciones una sola muger á la que venera con el nombre de Santa María Magdalena.

El sobrenombre de Magdalena fué dado á María por que habitaba en el lugar ó castillo de Mágdalo en Galilea, cerca del lago de Tiberiades. Creese que era de una familia distinguida por sus riquezas, como así se deja pensar lo tal vez el uso que hacia de riquísimos perfumes. Un biógrafo sagrado nos dice sin embargo, que fué originaria de Betania, pueblo reducido á tres cuartos de legua de Jerusalem, y mansion ordinaria de su familia. Segun San Antonino, su padre se llamaba Syr y su madre Eucaria, muy conocidos entre los judios tanto por el rango de sus riquezas, como por el lustre y carácter de su representacion en toda la provincia. Tuviron un hijo y dos hijas: Lázaro, que fué el primogénito, Marta y María. Huérfanos ya de padre y madre, repartieron entre sí sus bienes; á Lázaro y á Marta les toó lo que habia en Betania y en las cercanías de Jerusalem, y á María le cupo el castillo de Magdelon ó Mágdalo, situado en la provincia de Galilea. Parece que no estuvo por mucho tiempo esta última en compañía de sus hermanos: su génio vivo y las vanas ilusiones de felicidad que, como un fantasma brillante se presentan á la imaginacion de una muger jóven, libre y hermosa, le hicieron luego fastidiosa é insoportable la vida de sosiego y de modesto retiro que guardaban sus hermanos.

Sabidos son ya los primeros pasos de esta brillante hermosura de Betania, que hacia de sí misma un ídolo para recibir en todas partes los tributos de profano amor que se depositaban en sus aras. Aquella alma espasiva y ardiente buscaba cómo llenar el vacio de su corazon agitado:

anhelaba ser adorada y dominar sobre otros corazones tan volcánicos como el suyo, y creíase feliz cuando la sombra de la felicidad se escapaba siempre de entre sus manos. No sabemos hasta qué punto se entregó la bella del castillo de Mágdalo á los goces de la materia y á la saciedad de su pasión por amar y ser amada. Pero el Evangelio nos pinta con un solo rasgo los sensuales atractivos y los impuros escándalos de la *muger pecadora*; pues por tal era tenida en la ciudad. Aun cuando la desventueta María no hiciese mas que recibir incienso de sus adoradores y provocar con la vana y seductora ostension de sus gracias, era criminal á los ojos de Dios.

El Evangelio, nombrándola pecadora, ha dado márgen á suponer que ella se habia abandonado enteramente á la disolucion mas escandalosa: preciso es observar, con todo, que esta palabra podria no indicar otra cosa que una vida suntuosa y accesible, llena de lujo y de pasatiempos, condenables, es verdad, pero no deshonrosos y viles, como comunmente se cree. Un espíritu altanero, un vano orgullo de algunas cualidades esteriore, un cuerpo complacido, adorado hasta la idolatria, un corazón ocupado en demasía del cuidado de agradar, tal fué quizás la pecadora. No es esto que haya algun interés en disminuir sus faltas, pues cuanta mayor es la humillacion á que arrastran los extravíos de la libertad, á mayor altura puede elevarse una alma por la energia del arrepentimiento: de otra parte, al descender á la tierra, el hijo de Dios venia, no para visitar á los justos, sino para curar á los pecadores; por manera que allí mismo en donde la iniquidad de la criatura llegaba á su colmo, allá puede sobreabundar y desbordarse la misericordia del Salvador.

De otra parte, el noble corazón de Magdalena y la hidalguía de sus sentimientos no permiten conjeturar que hubiese sido capaz de envilecerse hasta el extremo de la abyeccion y de la infamia. Hay calidades en el alma que parece que tienen un carácter indeleble. Podemos hacer mal uso de ellas, podemos en vez de consagrarlas á Dios, de cuyas manos han venido, prostituir las á un idolo de carne; sin embargo, una alma ardiente, sensible, capaz de sentir su dignidad, conserva una cierta elevacion aun en medio de sus extravíos y miserias: tal vez es mas culpable que otra en no corresponder como debe á sus nobles instintos y altos destinos; pero nunca al compadecerla, nos verémos forzados á apartar de ella los ojos como de un objeto vil y despreciable. Tal nos parece el alma de Magdalena, aquella alma de fuego que supo despues amar tanto, y que tan íntima y constantemente se unió con la de Jesucristo.

Pero sea cual fuere la idea que se quiere formar de la naturaleza de sus faltas, conocido es el castigo que María Magdalena sufrió por espa-

cio de algunos años. Sometiéndola Dios á un género de humillacion muy raro en el dia, pero muy comun en aquellos tiempos, y del cual ofrece el Evangelio muchos ejemplos. Fué, pues, atormentada del demonio, hasta el dia en que el Salvador, remitiéndole sus pecados, la libró de aquella dominacion horrible.

Recorria entonces Jesus la Galilea, y acababa de reauticar un jóven de Naím, á quien llevaban á enterrar y cuyos funerales celebraba un pueblo numeroso. Era el hijo único de una viuda que iba detrás del difunto, anegada en lágrimas. Compadecido el Señor de la viuda, le dijo: No llores mas; y acercándose al ataúd le tocó diciendo: Levántate, jóven, yo te lo mando. E incorporóse el jóven que estaba muerto, y se puso á hablar, dejando atónitos á todos los circunstantes. Aquel milagro, obrado para enjugar las lágrimas de una madre doblemente afligida, pues que era ya viuda, escitó un rumor de admiracion y de reconocimiento en todos aquellos contornos. Pero los sabios y los que se tienen por doctos no por esto recibieron mejor la doctrina de Jesus, porque estaban benechidos de envidia y de orgullo: aquellos, al contrario, cuyo espíritu está tranquilo y sin amago, el corazón dulce y sin fausto, aquellos á quienes se dá el nombre de pequeños y sencillos, acogieron la palabra del Salvador, que exclamó: "Yo os doy gracias, oh Padre mio, Señor del cielo y de la tierra de que hayais ocultado estas cosas á los sabios y á los prudentes, y las habeis revelado á los pequeñuelos." Y añadió con una inesplicable ternura: "Venid á mí todos los que os veis fatigados y oprimidos, yo os aliviaré. Poneos bajo mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo de vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera."

Jesus, pues, predicaba en Betsaida y en Cafarnaum, no lejos del castillo en donde habitaba aquella muger á la vez seductora y seducida, y predicaba la ley de la modestia, de la abnegacion, del retiro, de la castidad. Esto no hubiera bastado en boca de un hombre; pero Jesus era mas que hombre, y detrás de esa ley de penitencia predicaba tambien una ley de amor, amor purísimo, divino, capaz de llenar el corazón; y este amor, al oírle Magdalena, inflamó el suyo, y lloró y creyó al mismo tiempo, porque cuando este amor divino llega á apoderarse del alma, consume, como la llama del sacrificio, todas las afeciones bastardas, todas las propensiones bajas, todos los obstáculos del obcecado pensamiento, todas las incertidumbres de la altanera razon. La pecadora de Mágdalo sintió que sus lágrimas la inundaban interiormente de una dulzura celestial; percibió el vacío que dejaban en su alma esos goces, rápidos, caducos, inciertos, falaces, acibarados casi siempre con el pesar ó con el

sobresalto: asustóse de este vacío, y conoció que su sed de gozar y de amar necesitaba de un objeto bien distinto. Desde que hubo escuchado al gran Profeta, de quien se contaban tantas maravillas, la simple curiosidad se convirtió en deseo, y deseo ardiente, irresistible, que no sufría dilacion, de arrojarse á los piés del Salvador, y hacer que desapareciera á fuerza de amor, de dolor y de llanto la densa nube de sus iniquidades, que de aquel objeto la separaba. Tal vez las lágrimas y los ruegos de sus virtuosos hermanos María y Lázaro aceleraron el instante feliz de su conversión. Atraída, pues, por la mansedumbre y beneficencia de Jesús, informóse dónde podría encontrarle, y supo que en aquel día comía en casa de Simón el fariseo, junto con otras personas de distincion. Delicadas eran las circunstancias: la celebracion de un banquete con que se queria obsequiar á Jesús, y la publicidad consiguiente á los numerosos concurrentes, parece debian retraer á Magdalena de su resolucion generosa, y hacerle aguardar la entrevista para ocasion al parecer mas oportuna, y para lugar menos público ó mas retirado. Pero así como la pasion criminal prescinde de todo respeto y no teme el hacer estallar en público sus escándalos, así el amor divino rompe por entre todos los obstáculos, buella con planta firme todas las atenciones y reparos de la prudencia humana, y se hace superior al rubor mismo. Llevando en su mano un vaso de alabastro, lleno de aceite odorífero, entra en la sala del convite, y viendo al Salvador recostado en uno de aquellos lechos ó canapés que usaban en sus mesas los judíos, no atreviéndose á mirarle cara á cara, se arroja á sus piés por la espalda, y desgarrándosele el corazon por la doble fuerza del amor y del dolor, los humedece con su llanto, los besa con ternura y con afán, los rocia con bálsamos y perfumes y los enjuga con sus cabellos.

El fariseo, propenso siempre á juzgar mal por las simples apariencias, como todos los de su secta, y notando la bondad con que el Salvador sufría á sus piés aquella pecadora, decia para consigo: Si este hombre fuese profeta, sabria quién es la muger que le está besando los piés y que los humedece con su llanto. Pero Jesús, dando á Simón una de aquellas miradas penetrantes que llegaban hasta el fondo del alma, dijo á su huésped: "Simón, quiero saber tu dictámen sobre lo que voy á proponer.—Hablad, Maestro.—A cierto acreedor le debian dos sujetos, el uno quinientos reales de plata, y el otro cincuenta. Ni uno ni otro tenia con qué pagar, y á uno y á otro les perdonó todo lo que le debian: dime pues, ¿cuál de éstos debe amar mas y estar mas agradecido al generoso acreedor?"—"Es claro, respondió Simón, que aquél á quien perdonó mayor cantidad.—Muy bien has respondido, y diri-

giéndose á la Magdalena, añadió: "¿Ves á esta muger? pues reflexiona lo que ha hecho, y falla despues sin pasion. Cuando entré en tu casa, ni te ocurrió siquiera presentarme un poco de agua para lavar me los piés, y ella me los lavó con sus lágrimas. Tampoco te pasó por la imaginacion el derramar sobre mi cabeza aquellos odoríferos perfumes que se usan y no se escasean en los convites; y ella derramó sobre mis piés un precioso bálsamo. Por esto te digo que se le han perdonado muchos pecados, porque en realidad anó mucho. Hasta ahora ninguno me habia buscado sino para sanarle las enfermedades del cuerpo; pero esta muger, echada á mis piés, me pide por las heridas del alma." Y volviéndose despues á aquella ilustre penitente, le dijo: "Tu fé y tu confianza te han salvado: vete en paz."

Magdalena cae á los piés del Salvador, se rinde á su gracia; pero su corazon ama mas que nunca, con un amor de ángel: arroja á los piés de Jesús todos los despojos de sus galas y atractivos: el dolor de sus estravios se vá transformando en amor celeste. El mundo se admira, se sorprende: condena por temeridad un exceso de amor que no llega á comprender. Pero Magdalena ama cual nunca habia amado, porque la palabra amor, aplicada á las criaturas, es usurpada ó dislocada; así como lo es la palabra felicidad, aplicada á los goces efimeros de la tierra. ¿Quién dnda que aquella palabra de vida: Anda, que tus pecados ya te son remitidos, no abolió asimismo el castigo extraordinario que ellos merecian y que habian atraído sobre María Magdalena?

"A la verdad, nada es comparable, dice un escritor de últimos del siglo pasado, tan profundo como elocente y persuasivo, nada es comparable con la dicha de morir sin remordimientos, y entregar á su Criador un alma que nunca se manchó con la impureza del vicio; pero tambien es cierto que nada hay mas interesante, mas grande, ni mas digno de la inmensidad de la divina misericordia, que la aceptación de las lágrimas y sollozos de un corazon extraviado, que, conociendo su miseria, quiere volver al seno de su Dios. Puede decirse que el pecador convertido siente en la virtud un encanto desconocido para los que jamás la perdieron. Parece que nada le queda á Dios qué hacer para consolarnos de los ultrajes que le hicieron nuestros crimenes, y que su ternura se estudia á si misma para indemnizarnos de todas las penas que hemos sufrido siguiendo al mundo y sujetándonos á su tiránico yugo. Para uniros indisolublemente consigo, como si el gozo que siente de habernos recobrado, pudiera ser turbado por el temor de perdernos segunda vez, se apresura á hacernos gustar lo que se encuentra mas exquisito, mas puro y mas dulce en los tesoros de su inefable esplendor, y á difundir en nuestro cora-

zón aquel calor divino, que es en cierto modo parte de su felicidad infinita. . . ; Ah! los hombres no saben qué nombre dar á esta efusion de la gloria de Dios en una alma penitente, porque no hay palabras que correspondan á la verdad y escelencia de una cosa tan divina, y porque esta comunicacion íntima de su luz inefable solo se halla bien espresada con el silencio, el respeto y la profunda adoracion de un alma que la siente y se sacia con ella.

¡Oh, qué precioso espectáculo es para el cielo un verdadero convertido! ¡Habeis leido y considerado, por ventura, alguna vez, cómo el Salvador del mundo nos pinta la ternura de Dios para con el pecador que se arrepiente? ¡Qué halagüeña es la imagen de la conversion de un hijo desnaturalizado y disoluto que, abrumado con el peso de la vergüenza y de sus remordimientos, vuela á los piés de un padre, el cual al punto olvida los desórdenes del mas depravado de sus hijos, cede al ascendiente imperioso de la naturaleza y de la sangre, se arroja transportado de gozo sobre aquella porcion de si mismo perdida por tanto tiempo, le estrecha entre sus brazos, le oprime contra su corazon, y no puede hablarle sino con lágrimas de gozo que bañan sus mejillas, marchitadas con los trabajos y las miserias! ¡Qué escena tan tierna! ¡Qué alma sensible podra resistir á unas situaciones de esta naturaleza? Y cuando el Hijo de Dios, para animar nuestra esperanza, nos pinta la grandeza de la divina misericordia con unos colores tan vivos y fuertes, ¿podrán dejar de reconocerse en el uso que hace de medios tan delicados y victoriosos, los sentimientos y el corazon del amigo mas tierno y verdadero?"

"Así verificó el Hombre Dios, con la conducta que observó en toda la carrera de su augusto y laborioso ministerio, cuanto habia dicho sobre el precio y escelencia que adquiere á los ojos del Sér Supremo una alma arrepentida de su iniquidad, y que desea volver á la gracia de su Criador. Jamás se le vió mas vivamente conmovido, que á la vista de una conversion. Cuando rodeado de los primeros discipulos de su Evangelio recorre los palacios y pueblos de la Judea y Galilea, vé y oye sin alterarse cuantas particularidades y noticias interesan al resto de los hombres; los raros espectáculos, las revoluciones extraordinarias, las empresas formidables de los señores del mundo, la magnificencia de edificios y antigüedades de monumentos; mas nada le detiene, nada puede distraerle un instante de aquel majestoso y profundo recogimiento, en el cual medita fundar sobre las ruinas de todos los dominios y pasiones de la tierra, su eterno é incorruptible imperio. Pero cuando sus miradas se dirijen á objetos pertenecientes á tan grande y magnífico designio; cuando encuentra una criatura en la que la mano de Dios ha empezado á escitar los pri-

meros remordimientos que preparan la libertad de un culpado, y el milagro que ha de hacer de un elejido del mismo seno de corrupcion; cuando, por ejemplo, una pecadora famosa en la ciudad por sus disoluciones y escándalos, se siente de repente horrorizada de sus excesos, le busca con la mayor ánsia, se arroja á sus piés, imprime en ellos sus labios, los riega con un torrente de lágrimas, y sus cabellos, bañados en el llanto, cubren y envuelven, por decirlo así, lo que ella mas adora. . . ; Ah! hé aquí para su corazon el espectáculo mas agradable que puede ofrecerse al universo. ¡Cómo se afana á esponerle á la admiracion de cuantos le rodean! ¡Cuán sublime y divina le parece aquella postura, aquellos llantos y sollozos, y todo aquel aparato de humildad y de penitencia! ¡Cómo le llena de gozo este procedimiento, y cuánto se complace al contemplar en esta muger, que se anonada á sus piés, uno de los primeros y mas brillantes triunfos de su mision divina! *Val esta muger*, esclama, queriendo dar á este suceso, acaecido en la obscuridad, todo el esplendor y fama de un grande y memorable acontecimiento. Da un precio y una dignidad infinita á la menor circunstancia que le acompaña, las hace notar todas para que entendamos cuán preciosa es la menor particularidad en las obras que la gracia inspira, y con qué fidelidad tan tierna pone Dios en cuenta hasta nuestros menores sacrificios."

Desde aquella época de salud, se impone ella misma las mas duras prácticas de penitencia; y su alma regenerada, encuentra mas dulzura en los trabajos del arrepentimiento que purifica, que en el transporte de los goces que corrompen. Despues de haber depuesto su cabellera y sus perfumes á los piés del Señor, como si por esto hubiese querido significar su absoluta renuncia á todas las vanidades, se junta á algunas santas y nobles mugeres que seguian al divino Maestro, escuchaban sus predicaciones y le asistian con sus bienes en sus correrías evangelicas. El amor de Magdalena la tenia siempre pendiente de los ojos y de los labios del Salvador: atormentaba dulcemente su alma; pero este tormento es una delicia inefable, pues cuanto mas ama, mas goza, mas espera, mas desea; porque su amor toca ya á lo inmortal, á lo infinito, la llena de celestiales consuelos, y solo la aflige por las penas y por los sufrimientos que amenazan á su amado. Porque es digno de notarse, que la muger, por lo general, vá mas veloz y mas recta á la verdad y á la virtud por el corazon, de lo que vá el hombre, fiado en su altanero espíritu. Las habiitudes de una vida toda exterior, activa, poderosa, su intervencion en todos los sucesos y su accion, dejando siempre al mundo una marca magnífica de su poder, su fuerza de ánimo que la impide sentir vivamente la necesidad de un consolador y de un apoyo, todos estos motivos contribu-

yen á distraer al hombre del pensamiento de Dios, y hasta termina muchas veces en ver en la piedad una flaqueza de espíritu, y en la irreligion una grandeza y un fiero temple de alma, como si se necesitara mucho valor y mucho talento para pasarse ó prescindir de Dios. La mujer, al contrario, parece sacar de su naturaleza, de su debilidad misma, si se quiere, de su vida entera, tal como las leyes y las costumbres la han formado, como una vista mas sana de las cosas de la religion, un sentimiento mas delicado y mas invencible de los objetos de la virtud; y fuerza es decirlo, una fidelidad mas valerosa á la una y á la otra. Allí, donde el genio cae, la hermana de la caridad ni aun tropieza.

Cuando Jesus dejó la Galilea, para no reaparecer mas en ella hasta despues de su resurreccion, pasó al lugar en que habitaba María Magdalena con su hermana Marta y su hermano Lázaro, no lejos de Naim y del torrente de Cison. Entonces le ofreció Marta la hospitalidad con la mas inquieta solicitud, para tratar debidamente á huésped tan distinguido. En medio de sus desvelos, y viendo á Magdalena sentada muy tranquila á los piés de Jesus, bebiendo con afan las palabras de vida que fluian de su boca divina, hizo aquella ingénuo exclamacion, y María fué elogiada por el Salvador por haber escogido la mejor parte, pues en efecto, despues de haberlo dejado todo para seguir á su Maestro, le escuchaba embobada, buscando en su celestial doctrina aquel nutrimento, cuyo precio y suavidad conoce el alma sinceramente religiosa.

María Magdalena y las santas mugeres siguieron á Jesus desde Galilea á Jerusalem, y no le abandonaron ni aun en su muerte, que se verificó seis meses despues. María Magdalena, con su familia, habitaba el pequeño lugar de Betania, á corta distancia de la ciudad santa. Jesus pasaba allá alguna vez, cuando, huyendo del odio de los judíos, iba á buscar un asilo en la otra parte del Jordan, ó cuando movido por la mas generosa piedad volvía de ir al encuentro de las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pues en vano les hablaba un lenguaje lleno de dulzura y de sabiduría; en vano demostraba en su persona el cumplimiento de las Escrituras; el ojo enfermo de aquellos hombres se cerraba á la luz con una obstinacion lamentable. Un dia, en que habia nombrado á su Padre, añadiendo, para no dejar que se ignorase el dogma de su divinidad: "Mi Padre y yo somos una misma cosa;" los judíos tomaron piedras para arrojárselas. "Yo he hecho delante de vosotros muchas obras buenas por el poder de mi Padre, les dijo Jesus, ¿por cuál de ellas queréis apedrear-me?"—"No os apedreamos por obra alguna, sino porque habeis blasfemado, pues siendo hombre os habeis hecho Dios." Pero manifestándole Jesus que no se le podia reprobar ni la palabra, pues que ella está en

las Escrituras admitidas por sus adversarios, ni la pretension en sí misma, por hallarse justificada por obras divinas, les habló así: "¿No está escrito en vuestra ley, yo os dije: vosotros sois dioses? Si ella, pues, llama dioses aquellos á quienes se dirige la palabra de Dios, y si la Escritura es inefable, ¿cómo decís que yo blasfemo habiéndome el Padre santificado y enviado en el mundo, cuando digo que soy el Hijo de Dios? Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creais; pero si yo las hago, aun cuando no querais creerme, creed á mis obras, de modo que conozcais y creais que el Padre está en mí, y yo en el Padre." Pero sus contradictores, encontrando mas fácil el perseguirle que el responderle, quisieron apoderarse de su persona; mas él se escapó de sus manos, y se retiró á la otra parte del Jordan.

No habia Jesus dejado aún aquel asilo, cuando María y Marta le enviaron la noticia de que su hermano Lázaro estaba enfermo. Nadie ignora que el Hijo de Dios no se prestó de luego á la invitacion de socorrer á su amigo: deseaba dar una brillante prueba de su poder y de su mision, mandando á la muerte con una autoridad soberana. Todos saben tambien, que movido á compasion á vista de las lágrimas derramadas por las hermanas y por los amigos de Lázaro, lloró él tambien, y le hizo salir vivo del sepulcro, en presencia de una multitud numerosa. Y este suceso, que debia arrancar irresistiblemente el reconocimiento universal de su divinidad, tan sensiblemente manifestado, referido á los fariseos por testigos oculares, precipitó sus resoluciones homicidas. Reunióse el gran consejo: "¿Qué harémos? dijeron, este hombre obra milagros: Si le dejamos operar así, todos creerán en él, y vendrán los romanos á arruinar nuestra ciudad y nuestra nacion."—"Nada entendeis en esto, repuso el gran sacerdote, ¿y no sabeis que conviene que un solo hombre muera por el pueblo, á fin de que toda la nacion no perezca?" Así hablaba este sacerdote, sin saber que uno solo iba en efecto á salvar, no solo exclusivamente la raza judía, sino todas las razas humanas, y no de una ruina material, sino de unos desastres mucho mas graves, en donde perecen las almas. Sea como fuere, la muerte de Jesus quedó resuelta por sus enemigos. El mismo, sabiendo que la hora señalada por su Padre habia llegado, no se refugió á lugares distantes; aguardó en un campo de la Judea la aproximacion de la fiesta de Pascua, en la cual habia de morir, víctima de su dulce y ardiente caridad.

El acto, pues, mas soberano de la autoridad divina, cual es el mandar á la muerte que restituya su presa, no hizo mas que apresurar la muerte del Salvador. Aprendan aquellos hombres orgullosos que pretestan, para no rendir á la fé el homenaje de su razon, el carácter de pruebas visi-

bles y palpables de su carácter divino. La altivez de una inteligencia indómita, sostenida por la corrupción de la voluntad, no se rinde á la evidencia de los hechos. Dios mismo pone una venda á los ojos de su pensamiento para no ceder ni aun al testimonio de los sentidos; entonces se irrita mas su orgullo, por no poder contrarestar al poder irresistible de Dios, y dice con el arcángel soberbio, á quien no se ocultaba por cierto la omnipotencia de su autor: No serviré, no te doblaré la rodilla. El Señor, de otra parte, no admite esos homenajes forzados que arranca la evidencia: y aun cuando la concedan á los que dudan, castiga su presunción temeraria, dejándolos convencidos, pero obstinados y tenaces en su rebeldía.

Al volver, pues, el divino Maestro, desde aque' campo donde se habia retirado, á Jerusalem, se detuvo en una aldea de Betania, y comió en casa de uno de los mas ricos vecinos del lugar, llamado Simon, á quien el mismo Señor habia curado de la lepra. Estaban allí tambien convidados Lázaro y sus dos hermanas, y los discípulos de Jesus acompañaban tambien á su Maestro. Marta servía á la mesa; pero Maria, atenta siempre en dar pruebas á su Maestro divino de respeto y de amor, tomó á su cargo los perfumes, que entre los judios era el mayor lucimiento del festin. Tomó esencia de nardo purísimo y destilado en un vaso de alabastro, y entrando en la sala del convite, lo derramó todo sobre los piés del salvador, que enjugó despues con sus cabellos, llenando toda la estancia con el olor de tan precioso aroma. Los judios, como todos los pueblos de Oriente, tenian la costumbre de unjirse la cabeza y la cara: los menos ricos se servían del aceite comun, los mas pudientes empleaban varios géneros de perfumes. El discípulo traidor, que se ballaba presente, dijo con afectacion: "¿A qué viene esta profusion? Podia haberse vendido este perfume por trescientos dneros, que se hubieran dado á los pobres." Estos trescientos dineros podían valer sobre novecientos cincuenta reales de nuestra moneda. Júdas, empero, usaba de aquel lenguaje, no para alivio de los pobres, pues era un ladron y mal administrador del dinero que se recojía para el sustento de los discípulos, y del cual era depositario. Pero Jesus, penetrando no solo la perversa intencion del pérfido discípulo, sino los sentimientos malignos de algunos de los circunstantes, dijo: "Dejad esta muger, ¿por qué os incomoda? Lo que acaba de hacer es una buena obra; porque siempre habrá pobres entre vosotros, á quienes podréis hacer el bien cuando quisiéreis; pero á mí no me tendréis siempre. Ella ha hecho lo que ha podido, y ha perfumado anticipadamente mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que donde quiera será predicado este Evangelio, esta muger será encomiada

por lo que acaba de hacer." La palabra del Señor se cumple todos los dias: la memoria de la piadosa muger que acababa de escuchar postrada su palabra y de derramar sobre sus piés riquísimos perfumes, esta memoria es honrada y querida de un extremo al otro del mundo por todos cuantos tienen la fé y la caridad en el corazon.

Cuando Jesucristo fué arrastrado delante de los tribunales, Maria Magdalena fué repelida sin duda del teatro de aquel drama violento y sanguinario, pues ni ella ni las santas mugeres aparecen en el relato evangélico de la Pasion. Pero la noble sierva del Señor manifestó bien que su alejamiento no provenia del temor: despues del trágico fallo pronunciado por Pilatos, pudo hasta cierto punto reunirse con el Divino paciente, y le siguió hasta el lugar del suplicio. Ella iba tras sus huellas de sangre en el momento en que Simon de Cirena, representando la humanidad entera, ayudó al Hijo de Dios á llevar su cruz, y fué noblemente asociado á la obra de la redencion, y en el momento en que, enternecido el Salvador á vista de las lágrimas que derramaban las piadosas mugeres en su doloroso tránsito, se volvió hácia ellas, dirigiéndoles aquellas tan repetidas palabras: "Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí: llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque dias vendrán en que se dirá: Dichosas las estériles, las entrañas que no concibieron, los pechos que no dieron leche! Entonces se dirá á las montañas, caed sobre nosotros, y á los collados, sepultadnos debajo vuestras ruinas, porque si esto se hace en el árbol verde, ¿en el seco qué se hará?" Palabras terribles con que designa el Salvador las desgracias que caerán sobre los hombres culpables, cuando llegue el dia formidable de la vindicta.

Magdalena ama á Jesus, y le sigue en sus afrentas, en sus tormentos, en su patíbulo, en su muerte: ama y se halla junto á la cruz: ama y anda á saciarse de dolor para padecer con su amado, y solo el corazon sin igual de la Madre la escude en amor. La hermana de Marta es la segunda muger querida de Dios: Jesus, espirante, la mira tambien desde el leño en que espira, y derrama sobre ella el raudal de la redencion. Ella se baña con sus lágrimas y su sangre, y le llora, y le recibe tambien para ponerlo en los brazos de Maria, y le acompaña al sepulcro, y le deja en él, y vuelve ansiosa por la mañana, y no le encuentra, y pregunta por él, y oye de sus labios que la llama; *Maria!* Ah, Maestro mio! esclama; pero el Señor glorioso se le escapa, y quiere aún ejercitar su fé y su esperanza, ya que casi no es posible aumentar su amor.

En efecto, el teatro donde mas brilló la llama del divino fuego que abrasaba á Magdalena, fué sobre el Calvario. Huido habian los fuertes

de Israel, los escogidos por el Salvador para candeleros de su Iglesia, los discípulos, los apóstoles, todos, menos uno, habían desamparado á su divino Maestro, ó temblaban desavoridos, ó desconfiaban indecisos. Solo ese corazón de mujer, que no había recibido la llama del Espíritu de Dios, supo hallar fuerzas en sí mismo para despreciarlo todo, para no ver otra cosa que á su Maestro amado. Le acompañó sobre el Calvario, le vió crucificar, estaba al pié de la cruz cuando el divino ajusticiado legó su madre á la humanidad, personificada en San Juan. Ella le vió morir: mientras que el pueblo estaba contemplando con ojo indiferente á toda la naturaleza conmovida y agitada al último grito de su autor; mientras que el centurion, escuchando la voz de la conciencia, se golpeaba el pecho reconociendo á su Dios, Magdalena y las santas mugeres, detenidas á cierta distancia por los soldados y por los verdugos, seguían con su mirada toda aquella lúgubre escena, y no dejaron el Calvario, hasta que el cuerpo del Salvador fué descendido de la cruz. Es tradicion tan antigua como respetable, que recojió con la mayor veneracion una porcion de tierra empapada en la sangre del Salvador, y aun se añade, que tan precioso tesoro se guarda en una redoma que hoy se conserva y se adora en San Maximiano de Provenza.

Pero el amor de Magdalena no quedó satisfecho con verle espirar: si hubiese sido menos inflamado y generoso, hubiera sido mas apático, y se hubiera contentado con llorarle desde la soledad de su retiro. Pero no, no limitó su amorosa actividad á las pruebas de un estéril llanto. No se separó de la cruz, y llegado el momento de poner á Jesus en el sepulcro, Magdalena estaba presente, y se quedó con las demas mugeres, sentada junto á la tumba. Quisieron ellas saber el lugar donde se depositaban aquellos restos tan queridos, y de qué manera se inhumaban, pues su proyecto era embalsamarlos de nuevo. En efecto, apenas estuvieron de vuelta á la ciudad, prepararon aromas y perfumes. Mas como iba á entrar el sábado, y en aquel día no se permitía á los judíos ningun género de trabajo, se abstuvieron de hacerlo, segun prescribía la ley.

Pasado ya el tiempo del descanso religioso, María Magdalena, á quien ni la cruz ni la muerte habían podido separar de Jesucristo, y las santas mugeres que la acompañaban, compraron preciosos aromas para embalsamar el cuerpo de Jesus. Esto era el sábado por la tarde, despues de puesto el sol, tan pronto como fué permitido volver al trabajo, y lo dispusieron todo para la mañana siguiente. En efecto, llegado el primer día de la semana, y apenas éste despuntaba, partieron todas de Jerusalem para ir al sepulcro que estaba fuera de la ciudad, en la parte inferior de la montaña del Calvario. ¿Cómo no detenía á Magdalena y á sus

compañeras la numerosa guardia que había puesto la recelosa inquietud de los enemigos de Jesus para custodiar su sepulcro, la dificultad ó casi la imposibilidad de remover la enorme piedra que le cubría, y que apenas podían mover muchos hombres juntos, y el romper el sello de la autoridad pública con que para mayor seguridad se había sellado la tumba del que murió en la cruz? Pero el amor no conoce estorbos, ni aun piensa en los obstáculos, y cuenta por vencerlo todo con una fuerza irresistible. Nada arredró á Magdalena ni fué bastante para detenerla un momento: Su corazón adivinó que el poder de Dios lo vencería todo, y un corazón tan amante no se engaña. Un poco antes de su llegada, la tierra había temblado en torno del sepulcro, y un ángel descendido del cielo, despues de haber removido la enorme piedra que estaba en la embocadura del fúnebre monumento escavado en roca viva, sentóse sobre ella; su faz resplandecía como el relámpago, y su vestido era candente como el ampo de la nieve. Al aspecto del celeste parainfo, los guardias, sobrecojidos, aterrados, quedaron inmóviles y como muertos de pavor.

Entretanto, acercábanse las mugeres, diciendo entre sí: "¿Quién nos levantará la piedra puesta á la entrada del sepulcro?" Pero al llegar, advirtieron luego que aquella grande piedra se había ya quitado. Entraron en la cueva ó cavidad en donde estaba el sepulcro, y al ver un jóven, sentado á la derecha de la gruta y vestido de blanco, se asustaron. "No temais, les dijo el desconocido, ya sé que buscais á Jesus de Nazareth, á quien crucificaron, pero no está aquí, pues ha resucitado como ya dijo: venid y ved el lugar en donde estuvo colocado. Apresuraos, y decid á sus discípulos y á Pedro, que ha resucitado de entre los muertos, y que os precederá en Galilea." A estas palabras penetraron algo mas en la caverna, y mirando el sepulcro no vieron al cuerpo del Señor. Consterñáronse en gran manera, y al salir se les aparecieron dos hombres vestidos de luz y de resplandor. Bajaron hácia á la tierra su tímida mirada; y aquellos angeles, ocultos bajo dos formas humanas, dijeron: "¿Cómo buscais entre los muertos al que está ya vivo? No está en este lugar, pues que ha resucitado. Acordaos de qué manera os habló cuando estaba aún en Galilea, pues os decia: Es menester que el Hijo del Hombre sea entregado en las manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercer día." Todas las palabras pronunciadas por Jesucristo relativas á su muerte y á su resurreccion les vinieron en efecto á la memoria, pero sin inspirarles aun una entera fé al prodigio que se acababa de cumplir.

Las santas mugeres dejaron, pues, el sepulcro: y como estaban turbadas é inquietas, caminaban con grande velocidad. Pero no dejaba de



mezclarse á su pavor una cierta alegría. Nada dijeron de lo que habian visto y oido á las personas que encontraron en el camino; pero luego de llegadas á Jerusalem, dieron parte de aquellas estrañas maravillas á los apóstoles y á todos los discípulos. Estas mugeres eran María Magdalena, Juana, muger del intendente de Heródes el tetrarca, María, madre de Jayme el menor, y las otras galileas que habian seguido al Señor. Magdalena fué la que corrió á avisar á San Pedro y al discípulo amado de Jesus, y aun no parece que estuviere ella persuadida de la resurreccion, á pesar del testimonio de los ángeles que vió en el sepulcro, pues dice á los apóstoles: "Han robado al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde lo han puesto." Ni los apóstoles dieron crédito á estos relatos, que trataban de sueños ó ilusiones.

Sin embargo, como si su incredulidad hubiera ya vacilado algun tanto, Pedro y Juan quisieron ver por sus propios ojos lo que podia haber de verdad en la relacion de las mugeres. Apresuráronse, pues, á pasar al sepulcro, corriendo uno y otro, pero como Juan era mas jóven, adelantó á su compañero y llegó antes que él. No hizo mas que bajar á la entrada de la cueva para examinar, y vió la sábana ó mortaja, desplegada y tendida por el suelo. Sobrevino Pedro á su vez, penetró á la gruta y vió las fajas con que se habia envuelto el cuerpo, y el sudario que habia cubierto la cabeza del Señor. Solo entónces creyeron los dos discípulos á la palabra de las santas mugeres, pues hasta entonces no comprendian todavía que Jesucristo debiese de resucitar de entre los muertos.

María Magdalena, en su tierna afecion por el Salvador, despues de haber anunciado á los apóstoles lo que ella habia visto, volvió de Jerusalem al sepulcro, para descubrir en fin lo que habia en realidad y en donde paraba el cuerpo de su Maestro querido. Al llegar, hizo sus investigaciones con una tristeza llena de inquietud, permaneciendo fuera de la cueva, á donde entraba de tiempo en tiempo, con la esperanza de satisfacer su corazon contra el testimonio mismo de sus ojos. Por fin, habiéndose inclinado de nuevo para mirar en el sepulcro, y no sabiendo ya qué hacerse en su amoroso desasosiego, no tardó el Salvador en premiar su generosa ánsia, pues vió dos ángeles vestidos de blanco, y sentados en el lugar donde habia antes el cuerpo de Jesus, el uno en la cabeza y el otro en los piés. "Muger, le dijeron, ¿por qué lloras?"—"Lloro porque han llevado de aqui el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde le han puesto." A estas palabras volvióse para salir de la gruta, y vió á Jesus en pié, pero sin saber que fuese él mismo. "Muger, le dijo, ¿por qué lloras, y qué es lo que buscas?" Como el sepulcro estaba en un huerto, creyó Magdalena hablar con el hortelano, y le respondió: "Señor, si es lo llevásteis, de-

cidme dónde lo pusisteis, que yo me lo llevaré." ¿No era muy justo que el Señor recompesara tan constante, sincera é intrépida adhesion, apareciéndose á esta muger, antes aún de aparecerse á sus apóstoles, consolándola con una muestra especial de bondad?

Así, pues, Jesus creyó no deber aflijirla con mas dilaciones, y la llamó por su nombre, como habia acostumbrado hacerlo antes de su muerte. "¡María!" le dijo, y reconociendo ella por aquella voz tan amada que era el mismo Jesus, exclamó fuera de sí: "¡Ah Maestro mio!" y queriendo aproximarse tal vez para asegurarse de que era una realidad lo que afectaba sus ojos, y no una ilusion de su ternura, y queriendo arrojarle á sus piés para abrazarlos, detúvola el Señor diciendo: "No me toqueis, pues no he subido todavía á mi Padre. Id á encontrar á mis hermanos, y decidle que yo voy á subir hácia mi Padre y mi Dios, que es tambien su Padre y su Dios." Tal vez quiso darle tambien á entender, que ya era tiempo de que, elevándose sobre los sentidos materiales, le contemplase con los ojos de la fé, considerándole como si estuviere ya sentado junto al resplandor de su Padre. Púedese tambien creer, sin temor de equivocarse, que desde luego se hizo tambien visible á su santa Madre para consolarla del exceso de su dolor; pero las Escrituras no lo dan á entender esplicitamente, y la primera manifestacion del Salvador, de la cual se habla en el sagrado testo, es la que se hizo á María Magdalena: favor singular y señal de tiernísima caridad, por el que Jesus se dignó recompensar el corazon de aquella piadosa muger, cuyo nombre habia ya inmortalizado, consignándolo al eterno recuerdo de los cristianos, y prometiéndole que recorrería toda la tierra, llevado en algun modo en alas del Evangelio.

Cuando María Magdalena se apartó del sepulcro para ir al encuentro de los apóstoles y decirles que ella habia visto al Salvador, aparecióse éste igualmente á las demas mugeres de Galilea, que venian asimismo en busca de su cuerpo. Presentóseles de repente, y las saludó deseándoles la paz. Entónces se arrojaron ellas á sus piés, los besaron y adoraron. "No temais, les dijo Jesus, id á participar á mis hermanos que pasen a Galilea, y alli me verán." María Magdalena, diligente como el amor, llena de gozo y de esperanza, fué á encontrar á los discípulos que estaban aún sumergidos en la tristeza y en el llanto. Y rebozando júbilo y consuelo en su vista y en sus ademanes, les dijo con una voz casi trémula de placer y de sorpresa: "He visto al Señor." Y refirió lo que le habia sucedido. Vinieron despues las demas mugeres, y confirmaron el relato de Magdalena. Pero los apóstoles nada quisieron creer de lo que se les decía, hasta el momento en que por la tarde del mismo dia, Jesus se les

apareció en persona, y dispó todas sus dudas é incertidumbres. Porque convenia que este grandioso acontecimiento, fundamental en el cristianismo, fuese investido, como lo es realmente, de testimonios tales que solo cediesen á la mas brillante luz de la evidencia, y de pruebas auténticas é irresistibles; por manera que la indocilidad de los apóstoles, sus dilaciones y su resistencia en creer, son una de las mas sensibles garantías de nuestra fé en la resurreccion del Salvador.

Esta circunstancia merece que nos detengamos en ella un momento, á lo menos por la parte que tuvo Maria Magdalena en atestiguar el glorioso levantamiento de Jesus de la region de la muerte. Debemos á la ilustre penitente de Mágdalo una gran parte de la autenticidad con que refleja sobre los siglos la resurreccion del Señor. El amor de esta constante discipula de Jesus, á pesar de ser activo, fervido, arrebatado, no fué crédulo ni precipitado en dar asenso al gran prodigio; y si aun ta elocuencia de su conviccion, cuando ésta fué inevitable, bastó para someter los ánimos de los discípulos de Jesus.

Entremos ya en el pormenor de lo que escriben los apóstoles, y vamos á ver si encontraremos en ellos pruebas de una credulidad precipitada. Parece por su relacion misma que casi llegaban á desesperar de la resurreccion de Jesucristo; que el escándalo de la cruz habia desvanecido del odo la poca esperanza que en aquélla tenian, y que se les habia ya olvidado el habérsela predicho él mismo, cuando dejó la Galilea para venir á Jerusalem.

Las santas mugeres que vinieron al sepulcro no tenian otra idea que la de embalsamar de nuevo el cuerpo de Jesucristo, y tributarle los últimos deberes que no habian podido verificar por ser el día del sábado; y como no le encontrasen, creyeron que habia sido robado. Magdalena corrió conmovida á participarlo á Pedro y á Juan que habian acudido, y no viendo éstos mas que las sábanas y el sudario, les ocurrió el mismo pensamiento; pues, como refiere uno de ellos, ignoraban la Escritura y el misterio de la resurreccion. Tanto abundaba Magdalena en esta idea, que aun cuando los dos ángeles le preguntaron el motivo de su llanto, les respondió que lloraba porque habian robado á su Señor y no sabia en dónde le habia puesto. Y un momento despues, viendo a Jesucristo sin conocerle, que le hacia la misma pregunta que los ángeles, respondióle ella sin atender á sus palabras: Si vos le habeis sacado de allí, decidme dónde le habeis puesto, que yo iré á buscarle.

He aquí, pues, qué ideas ocupaban el pensamiento de Magdalena, cuando Jesucristo se le descubrió claramente, llamándola por su nombre con el metal de voz que no podia ella desconocer. Ved ahí tambien lo

que discurrían las otras mugeres antes que los ángeles las hubiesen desengañado, y que ellas tuviesen la dicha de abrazar los piés de Jesucristo. Y ved ahí por último lo que los apóstoles se obstinaron en creer á pesar de todo lo que pudieron decirles Magdalena y las santas mugeres.

¿Y tales prevenciones podrá decirse que fuesen una preparacion para la seduccion? ¿Estaban tales personas dispuestas á creer sin exámen? ¿Tenian acaso llenos el pensamiento y la imaginacion de una vana esperanza que se figurase todo cuanto podia lisonjearla, y que diese una falsa realidad á las mas ligeras apariencias? ¿No es, antes bien, muy de admirar que el sepulcro abierto, las envolturas que habian quedado, la aparicion de los ángeles, no recordasen á Magdalena la prediccion hecha por Jesucristo de su resurreccion, pocos dias antes de su muerte, en términos tan claros y precisos, y que los apóstoles en semejantes circunstancias, de que fueron ellos mismos testigos, no se viesen forzados á recordarla?

De esta primera observacion pasemos á otra, y veámos qué impresion produjo en los once apóstoles y en algunos otros discípulos la tan circuntanciada relacion de lo que habia visto Magdalena en particular, y de lo que habian visto separadamente las otras mugeres, lo que les habian dicho los ángeles, y lo que decian ellas haber oido del mismo Jesucristo. Todo esto lo graduaron ellos de sueño, de pura quimera, de una exaltacion de fantasia, sin hacer de ello el menor caso. ¿Y por qué? ¿Será quizás porque este hecho no les tocase muy de cerca, estando, como estaban, inconsolables por la muerte de su Maestro, de quien todo debian esperar, siendo verdad que hubiese resucitado, y quedaban completamente engañados siendo mentira su resurreccion? ¿Eran acaso indignas de ser creidas bajo su palabra las mugeres que lo aseguraban, las cuales todo lo habian abandonado por Jesucristo, que le habian seguido hasta la cruz cuando le hubieron desamparado los demás discípulos, y que habian tenido valor para ir al sepulcro cuando creian que todavía estaban allí las guardias? Una de ellas era Maria, madre de Jaime y de los dos otros apóstoles, y tanto ésta como Juana, mujer del intendente de Heródes, y Magdalena, merecian por cierto una particular deferencia. Lo que ellas decian haber visto y oido tenia tan poca apariencia de ficcion, que ni aun era posible fingirlo, y era muy poco razonable el no entrar siquiera á examinarlo.

Sin embargo, todo lo despreciaron como vano y frívolo; y en aquel mismo dia, dos discípulos, uno de los cuales se llamaba Cleofas, se separaron de los demás para volver probablemente á su profesion, perdida ya toda esperanza, aunque conservasen por esto veneracion á Jesucristo, e

cual se juntó con ellos en el camino; pero sin darse á conocer, y que con sus preguntas les obligó á descubrir sus pensamientos. Es en extremo importante para nosotros el oír lo que dicen sin perder una sola palabra. "Jesus de Nazaret (así se explican) ha sido un profeta poderoso en obras "y en palabras delante de Dios y delante de todos los pueblos. Mas los "principes de los senadores y nuestros sacerdotes le entregaron al gobernador para ser condenado á muerte, y ellos le han crucificado. Sin embargo, nosotros esperábamos que él sería quien rescataría á Israel, y "sin embargo, nos hallamos ya al tercer día de estos sucesos. Verdad es "que algunas mugeres de las que estaban con nosotros nos han llenado "de admiracion, pues habiendo ido muy de mañana á su sepulcro, y no "encontrando su cuerpo, han vuelto diciendo que unos ángeles les han "asegurado que está vivo. Y algunos de los nuestros que han ido al sepulcro han encontrado lo mismo que les habian referido las mugeres; "pero á él nadie le ha encontrado."

Uiendo todo cuanto dicen estos discípulos en su relacion, ¿no parece que sentimos contra ellos una secreta inquietud, por no haber sacado consecuencia alguna de unos hechos los mas ciertos, y tan fáciles de averiguar? Estamos aún en el tercer día: desde la mañana está abierto el sepulcro, y no han quedado sino los lienzos. Unas mugeres, nada sospechosas por su virtud y sinceridad, dicen haber visto ángeles que les han asegurado la resurreccion de Jesucristo que él mismo habia predicho. ¿De una parte le veneran como á un gran profeta, y de otra no le creen ni á él ni á los ángeles, ni á las personas á quienes los ángeles han hablado? ¿Es posible llevar á mas alto punto, no digo la indolencia, sino hasta la incredulidad? ¿Los mismos que tienen hoy la desgracia de dudar de la resurreccion de Jesucristo, ¿hubieran sido capaces de una estupidez tan fuera de razon, si se hubiesen hallado en tales circunstancias? ¿No hubieran tenido mas ansia y diligencia para averiguar una verdad de tan graves consecuencias?

Supongan, pues, por un momento los que dudan que á ellos mismos refieren las santas mugeres lo que han visto y oído, y decidan ellos mismos si hubieran hecho tan poco caso como los apóstoles. "Consternadas "nosotras, les dicen las santas mugeres, por la idea de que el cuerpo de "Jesucristo habia sido robado, dos ángeles vestidos de blanco se nos han "aparecido en el mismo lugar en donde habia estado su cuerpo, uno á la "cabeza, otro á los piés, y nos han dicho: ¿Por qué entre los muertos "buscáis al que está vivo? Ha resucitado, no está aquí. Acordaos de qué "manera os habló cuando estaba aún en Galilea. Es preciso, decia, que "el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores, que sea

"crucificado, y que resucite al tercer día. Y realmente nos hemos acordado de estas palabras. Y añadieron los ángeles: Venid á ver el lugar "en donde se habia puesto al Señor, y corred á decir á sus discípulos y "á Pedro, que ha resucitado, que estará en Galilea antes que vosotros, "y que allí le vereis. Al momento, llenas de gozo, salimos del lugar del "sepulcro para venir á anunciaros este prodigio. Y ya por el camino el "mismo Señor se nos ha presentado dándonos el saludo. Nos hemos acercado á él, y abrazándole los piés, le hemos adorado."

¿Qué hay que pensar de esta relacion, tan sensata, tan formal, tan interesante? ¿En qué lugar de ella se percibe el menor asomo de locura ó de ilusion? ¿Cómo esas mugeres se acuerdan en este momento de la manera con que Jesucristo habia predicho su crucifixion y su resurreccion, cuando ellas no buscaban sino como hallar algun consuelo en su muerte, derramando sobre él preciosos perfumes? ¿Cómo tan súbitamente han pasado de un exceso de dolor á un transporte de alegría? ¿Cómo advierten que el Señor se hará visible á sus discípulos en Galilea, si nada de esto les han dicho los ángeles? Cierito estoy que aun aquellos cuya fe es mas vacilante, hallarian en esto motivos poderosos de reflexiones profundas: á lo menos es innegable que no acusarian á los apóstoles, que lo trataron de pura quimera, de haber creído con demasiada ligereza.

Mas atiendan estos hombres, á quienes tanto cuesta el creer, lo que tiene que decirles Magdalena en particular. "La aparicion de los ángeles "y sus palabras, tan capaces de consolar, no habian podido aun eujugar "mis lágrimas. Derramábalas todavía cuando vi á Jesus delante de "mí, sin saber que fuese él, y entonces me dijo: Muger, ¿por qué lloras? Y yo le respondí pensando que era el jardinero: Señor, si vos "le habeis quitado, decidme dónde le habeis puesto, que yo me lo llevaré. Despues me retiraba, cuando Jesus me llamó por mi propio nombre de Maria, y habiéndole reconocido á su voz, me volví hácia él presurosa, diciéndole: ¡Ah, Maestro mio! Mi intento era echarme á sus "piés y abrazárselos; pero él me dijo: No me toques, pues aun no he "subido á mi Padre. Vé á encontrar á mis hermanos, y diles que yo "soy á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios."

Decidme ahora, ¿qué circunstancia de éstas puede ser efecto de una imaginacion exaltada, que figura lo que espera, y que transforma sus visiones en realidad? Magdalena llora, y cuando está mas hondamente sumida en su dolor, se oye nombrar, y percibe un metal de voz que lleva consigo la persuasion, y le causa el sentimiento mas vivo. Pero su alegría se suspende por algunos momentos, pues la razon está aún oscura, y realmente el hecho estaba naturalmente distante de toda conjetura. Y

menos posible era poner en boca de Jesucristo palabras de que todavía no se ha servido: Vé á decir á mis hermanos (expresion nueva, pero pronunciada en el salmo 21) que yo subo á mi Padre, que es vuestro Padre, y á mi Dios, que es vuestro Dios: expresion mas nueva aún, y mas inaudita, pero que marca la completa reconciliacion de los hombres con Dios por los méritos del Mediador, que ha unido en una misma persona el Hijo de Dios y el Hijo del hombre.

Los apóstoles, que no se conmovieron por tantas cosas juntas, tan capaces de persuadir, ó á lo menos de escitar y despertar su actividad y diligencia, son un portentoso de incredulidad y de insensibilidad. Por lo cual, la sospecha mas mal fundada y mas opuesta á sus disposiciones, seria el atribuirles una facilidad excesiva en creerlo todo, sin primero examinarlo.

Después de aquel instante de la aparicion, ya no se encuentra mas en el Evangelio la menor traza de Santa Magdalena. Es probable con todo, que ella pasó desde luego á Galilea, en donde Jesús debia manifestarse á sus discípulos, y que no dejó perder ninguna ocasion de ver y de oír á su divino Maestro. Es cierto, además, que las mugeres galileas y los discípulos se reunieron en una montaña, cuya situacion se ignora, en donde Jesús habia prometido que vendría en medio de ellos, de cuyo número fué seguramente María Magdalena. Mas de quinientos discípulos se habian reunido para ofrecer sus homenajes al Hijo de Dios resucitado. Siguiéronle en Judea algunos dias después, y Magdalena era sin duda entre sus filas; cuando, desde la montaña de los Olivos, después de haber estendido sus manos sobre sus discípulos para bendecirlos, Jesús se separó de ellos y se elevó al cielo, envuelto en una nube resplandeciente. Ella recibió asimismo las palabras pronunciadas en aquella hora su preta por dos ángeles que dijeron á la admirada y atónita multitud de Hombres de Galilea, ¿por qué estais aún mirando el cielo? ¿qué esperarais? Este Jesús que acaba de subir allí y que os ha dejado, descenderá algún dia del mismo modo que le habeis visto levantar.

Según general opinion de los antiguos, después del descenso del Espíritu Santo y de la dispersion de los apóstoles, María Magdalena dejó Jerusalem y la Palestina, que ya ningun atractivo tenían á sus ojos desde que el mismo Salvador habia abandonado aquellos lugares. Muchos han creído que, en la primera persecucion suscitada contra los discípulos de la cruz, pasó á Efeso, en el Asia menor, para permanecer allí con la Santa Virgen, que habia seguido á San Juan el Evangelista, su hijo adoptivo, después de la muerte de Jesucristo. Anádese que tampoco dejó á San Juan, ni aun después de la Virgen María, y que finió su vida apos-

tólica por un glorioso martirio; y refiere Gregorio de Tours que esta misma tradicion era recibida de su tiempo en las Galias.

Por lo demas, es seguro que el culto de Santa Magdalena es antiguo y célebre en Oriente. Los elogios que le discernen los autores griegos corresponden á los honores religiosos que se tributan á su memoria: es llamada igual á los apóstoles, la primera y la conductora de las mugeres que seguian al Señor, gozando entre ellas de la misma categoria de que gozaba San Pedro con respecto á los hombres.

El nombre y culto de la ilustre santa ha llenado tambien las iglesias de Occidente. La iglesia de Vezelay en Borgoña, durante mucho tiempo, pretendió estar en posesion de los despojos mortales de Santa Magdalena que le habian sido traídos de Jerusalem. Es una verdad que esta iglesia en el siglo XI tenia reliquias, que se miraban generalmente como las de Santa Magdalena. En el siglo XIII se colocaron en una preciosa urna de plata, en medio de una pomposa solemnidad, á la cual asistieron, entre otros eminentes personages, San Luis, rey de Francia, y el legado del papa, Simon de Brie.

Pero tanto la opinion de la muerte de Santa Magdalena en Efeso, como de la existencia de sus restos en Vezelay, son en el dia generalmente abandonadas. La tradicion que hace á Maria Magdalena en la Provenza con Marta y Lázaro, es mucho mas fundada en razones graves, y sostenida por autoridades mas imponentes. Según esta tradicion, de resultas de la persecucion suscitada por los judios contra los que habian sido mas adictos á Jesucristo, tuvieron que embarcarse los tres hermanos con algunos otros, en una nave desmantelada, que caminando á merced de las olas del Mediterráneo, entró por fin en el puerto de Marsella, en donde anunciaron ya la fé de Jesucristo, que Santa Magdalena predicaba junto al gran templo de Diana, en cuyo sitio se vé aún una antiquísima capilla dedicada en honor suyo. Según la misma tradicion, Lázaro fué obispo de Marsella, en donde murió; Marta llevó á Parascon la luz del Evangelio, y Magdalena se retiró á una caverna, que ha venido á ser muy célebre bajo el nombre del Santo Balsamo. Allí, en aquel hondo desierto, es donde finió sus dias en las prácticas de la mas austera penitencia, exhalando ardientes suspiros hácia el cielo, en donde la esperaba el Señor, á quien tanto amó ella en la tierra.

Las reliquias de la santa estuvieron ocultas en el siglo VIII, para librarlas de las sacrílegas profanaciones de los sarracenos, que desolaban el Mediodía de la Francia. Después de varias investigaciones, fueron de cubiertas al fin, en el siglo XIII, en el lugar de San Maximino. Car-